

LOUIS DE WOHL

5ª edición

ATILIA

EL AZOTE DE DIOS

astor

LOUIS DE WOHL

LIBRO PRIMERO
ATILA

EL AZOTE DE DIOS

QUINTA EDICIÓN

astor

CAPÍTULO I

—¡Ahumadle! —ordenó el Príncipe Etel, impaciente.

Varios hombres, provistos de gruesas ramas, corrieron hacia la guarida del oso y empezaron a apilarlas a derecha e izquierda de la entrada de la cueva. Otros, con antorchas, les prendieron fuego. No fue tarea fácil, pues las ramas estaban muy húmedas, como el bosque entero. Una vez que empezaron a arder, se alzó una gran humareda; pero el viento era contrario y la alejó de la cueva.

—Va a ahumar a mis hombres, no al oso —dijo el Príncipe Bleda con un gesto despectivo.

Era un año y cuatro meses mayor que su hermano y esta era su pieza... ¡Cuánto le gustaba a Etel meterse por medio!

El olor acre del humo se mezcló con el de los hongos y las aletas de la nariz de Bleda se dilataron. Los que estaban cerca de la guarida del oso empezaron a toser.

—¡Aireadlo con las capas, estúpidos! —gritó Etel—. ¡Dirigidlo hacia la cueva!

Disfrutaba con la emoción del momento, y todavía más con la expresión de resentimiento de su hermano; pero lo que más le satisfacía de todo era la prontitud con que aquellos hombres obedecían sus órdenes.

El hombre tiene solo dos brazos, pero un gran hombre tiene por lo menos diez mil, había dicho una vez su padre. Pero ahora su padre estaba muerto y ahí estaba el oso, que acababa de salir de la cueva a tal velocidad que sorprendió a un hombre medio desnudo que seguía agitando su capa y lo derribó.

El choque con aquel obstáculo humano fue tan fuerte que detuvo la carrera del oso; con sus patas delanteras todavía sobre el desgraciado pecho de su víctima, echó un vistazo alrededor para hacerse cargo de la situación.

Era el momento. El Príncipe Bleda tensó el arco, lo pegó a su mejilla y disparó una flecha, rápido como un rayo. Era un blanco seguro, con el oso todavía inmóvil. Un flechazo de muerte, digno del hijo del Gran Khan.

El oso sacó las uñas y un súbito estremecimiento recorrió su cuerpo. Luego se desplomó sobre el cuerpo del hombre, con un sordo estrépito.

Hubiese debido seguir un momento de exaltación, de triunfo salvaje, pues los hunos irrumpen en alaridos para cantar victoria. Sin embargo, no se oyó nada. Reinó un silencio que cortaba el aliento. Y una docena de hombres menudos, patizambos y robustos, empezó a moverse. Todos se parecían mucho; tenían la piel cobriza, oscura, arrugada como cuero viejo, y vestían capas puntiagudas de fieltro, se cubrían con sucias pieles de oveja y calzaban sandalias con la punta vuelta. Avanzaban silenciosa, cautelosamente, como animales de presa, hacia el oso muerto. Porque estaba muerto, y ninguno dudaba de ello. Como tampoco dudaban de la suerte de su compañero, que yacía debajo. Algunos morían bajo los zarpazos de un oso y Shu-glu había muerto. Pero los ojos de los hunos tenían una expresión de asombro, de desconcierto, casi de miedo. Su mirada era tan aguda como la del lince y todos habían

visto lo que había ocurrido: el oso había recibido dos flechazos. Dos. Era algo increíble...

La primera flecha se había hundido profundamente en el cuello del animal, causándole una muerte instantánea. La segunda había hecho impacto en el mismo sitio, con tanta precisión que había partido la primera en dos. Y esta segunda flecha estaba rematada con plumas negras, el color del Príncipe Heredero. Así, pues, la había disparado Bleda. La primera, con plumas rojas —era casi lo único que se veía, pues el resto estaba hundido en la garganta del animal— tenía que haber salido del arco del Príncipe Etel.

Aquellos hombres estaban seguros de que los dos príncipes tenían sus ojos clavados en el oso, como ellos, pero ninguno se atrevía a mirarlos a la cara, porque lo sucedido era algo monstruoso: los sagrados derechos del primogénito habían sido violados. La muerte flotaba en el aire.

El Príncipe Bleda dirigió una dura mirada a su hermano y Etel se la devolvió. Sus rostros permanecieron tensos, inexpresivos, hasta que Bleda habló.

—El Khan en persona juzgará —dijo con voz tenue y tranquila.

El Príncipe Etel, entonces, soltó el puño de ónice de su daga y sonrió.

—Que cuatro hombres se encarguen de transportar a Shuglu y al oso —ordenó Bleda—. Kilchal, mi caballo...

Habían dejado los caballos, pequeños y de larga cola, paciendo un poco más atrás, y fueron a por ellos. Los del séquito del Príncipe Heredero eran todos negros; los del Príncipe Etel, de color castaño.

Bleda montó en el suyo y lo espoleó, sin decir palabra. Al cabo de un rato, Etel y los cazadores le siguieron. Dos caballos, unidos por una especie de angarillas, transportaban al oso; el cadáver de Shuglu iba atado en otro.

El rostro de Etel permanecía impasible. Sabía que a los cazadores no les gustaba lo que había hecho y que Bleda iba a contárselo al Khan. Tenía derecho a hacerlo, pues era el mayor. Pero estaba contento. El flechazo de Bleda había sido muy bueno, pero el mismo de siempre. Apuntaba invariablemente a la garganta, un poco más abajo de la tráquea. Había resultado divertido dar en el blanco exactamente allí, un instante antes de que Bleda lo hiciese. Se había preguntado muchas veces si sería capaz de conseguirlo y ahora sabía que lo era. No hubiese podido averiguarlo de otra manera...

* * *

Cuando Etel se bajó del caballo a la puerta de su tienda, se dio cuenta de que las mujeres ya estaban al tanto de lo sucedido. Lo leyó en su rostro, cuando salieron a recibirle. Pilai estaba preocupada, pero Kru se encontraba radiante. Pilai se preocupaba por cualquier cosa, desde que había tenido la desgracia de abortar, un año después de que naciera Ellak. Actitud estúpida. Ellak era fuerte y, además, el primogénito. El hijo de Kru —no se le ocurría pensar que pudiera ser niña— tardaría todavía tres meses en nacer.

Tomó un trozo de carne cruda de caballo de la bandeja de plata que Pilai le ofrecía —en señal de bienvenida al regreso del cazador— y se lo comió. El pequeño Ellak, de cuatro años de edad, se le quedó mirando, embobado. Tenía la nariz aplastada y los ojos pequeños y rasgados, como todos los niños de su raza. «Es igual que yo, a su edad», pensó Etel. Y tomó otro trozo de carne, aunque aquello no era la comida. Pero el Khan podía llamarle en cualquier mo-